

MIGUEL GIUSTI
RAFAEL SÁNCHEZ-CONCHA
(EDITORES)

UNIVERSIDAD Y NACIÓN

Capítulo 20



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

Universidad y nación

Miguel Giusti y Rafael Sánchez-Concha (editores)

© Miguel Giusti y Rafael Sánchez-Concha, 2013

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2013

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: agosto de 2013

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2013-11642

ISBN: 978-612-4146-48-0

Registro del Proyecto Editorial: 31501361300637

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

DISCURSO DE ORDEN

Cristóbal Aljovín de Losada
Pontificia Universidad Católica del Perú

Benedict Anderson, profesor emérito del Programa de Estudios Internacionales, Gobierno y de Estudios Asiáticos de la Universidad de Cornell, es uno de los intelectuales más creativos e influyentes de las ciencias sociales y de las humanidades. Su libro *Comunidades imaginadas* es una referencia indispensable para los interesados en los estudios del nacionalismo; tanto este libro fundamental como el resto de su obra han creado un hito para todo trabajo serio que se ocupe del sudeste asiático. Como él mismo escribió: «el sudeste asiático es una comunidad inventada en la segunda mitad del siglo XX». No es necesario decir que sus obras nos han obligado a repensar una y otra vez el problema del nacionalismo y que son uno de los puntos de partida en los debates académicos al respecto. Sin el aporte de Anderson, es imposible en la actualidad pensar el tema del nacionalismo.

La vida de Anderson es la de un hombre de múltiples mundos; sin embargo, no debe decirse que es la de un cosmopolita en el sentido de que carezca de pertenencia o que haya estado desligada de países concretos. El mismo cuenta que se siente vinculado a un conjunto de países y que las noticias de ellos le afectan de sobre manera, aunque los afectos van variando con el tiempo. Un modo de medir los afectos es a través de la vergüenza que uno siente frente a un país determinado.

En su juventud sentía vergüenza de la arrogancia de la clase alta inglesa y del rol de este país en torno conflicto del Canal de Suez. En estos momentos su simpatía se siente más vinculada a los Estados Unidos: le preocupa y siente vergüenza por su política externa. Pero sus mayores sentimientos se relacionan con los países que ha estudiado, que son varios y muy diferentes. Sus afectos se han desplazado desde Indonesia hasta Tailandia; hoy siente vergüenza por los acontecimientos que tienen lugar en el sur de Tailandia.

En 1936, Anderson nace en Kuming, una provincia de la China. Su padre era irlandés y su madre inglesa. Sus antecedentes familiares implican un mundo de conflictos en que la problemática nacional y del imperialismo son centrales. No nos extrañe que estos asuntos se hayan convertido en temas fundamentales de la obra de Anderson: el nacionalismo y el imperialismo van de la mano.

Sigamos con la vida de Anderson; en el año 1941 su familia se muda de China a los Estados Unidos: a California. Pasa así de la rica historia (de la China) a la escasa historia (de los Estados Unidos). Luego, de los Estados Unidos se traslada a Irlanda. Sus recuerdos de esta estancia son variados y resaltan sus cuestionamientos a la Iglesia católica. En una carta me escribió: «tengo muchos malos recuerdos del autoritario y jerárquico comportamiento de la Iglesia católica en Irlanda».

En Inglaterra inicia sus estudios escolares en el Eton College y los de pregrado universitario en la Universidad de Cambridge, obteniendo un grado de bachiller en Lenguas Clásicas y Literatura en 1957. Ambas instituciones son el símbolo de la élite inglesa que produce, al menos, dos grandes críticos de la sociedad capitalista y de las relaciones de poder en general: Benedict y Perry Anderson, este último, hermano del primero; hermanos unidos por el cariño, la pasión intelectual y el compromiso con una corriente de izquierda. Un símbolo, ambos, de un pensamiento de izquierda, a veces marxista, más abierto a cuestionamientos. Juntos representan la corriente de un conjunto de estudiosos ingleses de izquierda con una visión heterogénea del marxismo.

Benedict Anderson difiere, sin embargo, de la gran mayoría de los intelectuales ingleses por su estrecho vínculo con la academia estadounidense y su simpatía por parte de ella.

Sus estudios de posgrado en la Universidad de Cornell son un hito fundamental en su carrera. Este se considera un hombre privilegiado por su vínculo con la Universidad de Ithaca en Nueva York. Desde la segunda posguerra mundial, la Universidad de Cornell ha sido uno de los grandes centros para los estudios del sudeste asiático. En las décadas de 1950 y 1960 el liderazgo intelectual y moral de los profesores George Kahin y Claire Holt fueron fundamentales, dándole un cariz propio al Programa de Estudios de Indonesia.

Como nos lo recuerda el profesor Anderson, el programa de Cornell iba contracorriente de la política exterior estadounidense. Esta era concebida en términos de la Guerra Fría, como una cruzada anticomunista que acudía en respaldo de dictaduras nefastas, criminales y corruptas. Es interesante mencionar cómo Anderson describe a muchos de los intelectuales estadounidenses críticos con el gobierno de su país: los caracteriza de patriotas avergonzados por la política exterior de su nación, de auténticos creyentes en los valores democráticos. Creo que es en este mismo sentido que el liberal francés Raymond Aron menciona la heterogeneidad del sistema estadounidense como un espacio que permite la crítica al poder. Anderson lo vio así también y lo vivió como una empresa propia.

El escándalo conocido como «Cornell Paper» es un testimonio de la honestidad de la investigación y de la crítica a la política internacional norteamericana; fue protagonizado por un conjunto de académicos de dicha casa de estudios. Junto con Ruth McVey, Anderson estudia el golpe de Estado de 1966 en Indonesia, el cual termina con el gobierno de Sukarno y empieza así la era de Suharto. En el «Cornell Paper» los mencionados autores son críticos de la explicación del golpe y de la defensa de la actuación de Suharto. La explicación oficial refiere que el Partido Comunista de Indonesia jugó un rol central en el movimiento del 30 de setiembre de 1965. Este buscaba el poder mediante el golpe.

Para McVey y Anderson la versión oficial fue la excusa para el golpe de Estado, al que se sumó una cruel represión contra los marxistas en Indonesia. Hay que recordar que el cambio de régimen de Sukarno a Suharto significó que la Embajada de los Estados Unidos aumentara sus vínculos con el gobierno de Indonesia. La United States Agency for International Development (USAID) fue un actor clave en este asunto. Es entendible que la información presentada en el «Cornell Paper» se enfrentaba a grandes poderes y cuando esta se filtró a la prensa desató un gran escándalo político en 1966. En 1973 Anderson es prohibido de visitar Indonesia; recién pudo regresar en 1999 con la caída de Suharto.

Permítanme escaparme de la lógica de la presentación, pues me extiendo demasiado en el tema de Indonesia, pero considero que este caso nos ayuda a comprender una parte fundamental del aporte de Anderson. Su análisis tiene un componente moral y una apuesta por un mundo más solidario. Cree que hay factores que hacen posibles los cambios y que hay que estudiarlos y entenderlos. En sus análisis sobre la historia de Indonesia, a pesar de una serie de críticas a Sukarno, se reconoce que este fue un líder nacionalista que creó una solidaridad entre los indonesios y que terminó lamentablemente con el golpe de Suharto. El de Suharto fue un gobierno amoral y marcado por la persecución política y el asesinato. Creo que debe subrayarse cómo el bien y el mal están presentes de una u otra manera en las reflexiones y los quehaceres de Anderson como científico social. La suya no es nunca una visión ajena a la moral. Al final, claro está, los líderes y las sociedades deciden, y por años las grandes potencias y las clases medias de Indonesia permitieron un régimen asesino y las matanzas en Timor, que serán recordadas siempre como un monumento a la crueldad y a la impunidad.

Repito: la vida de Anderson es la de un hombre de múltiples mundos. Ello lo obliga a tener varios registros y simpatizar con ellos. Su elección de área de estudios, la cual lo fuerza a estudiar varias lenguas, y su metodología de trabajo, que implica un análisis fino de los discursos, exigen no solo conocer los idiomas —o múltiples idiomas—

de los países estudiados sino también poseer un excelente dominio de lo que estos son capaces de significar como creaciones culturales y expresiones humanas. Una nación se construye sobre la base de sentimientos.

Los estudios del sudeste asiático exigen una mayor habilidad lingüística que los latinoamericanos. Los estudiosos de América Latina han capturado buena parte del repertorio con el español y el portugués.

Detengámonos en los idiomas. En uno de sus escritos, Anderson narra su interés, por ejemplo, por aprender el español para comprender a los intelectuales filipinos de fines del siglo XIX: los hombres que crean, en parte, una representación de una Filipinas ajena a España y, muchas veces, como una sociedad y no como una fragmentación de grupos. En ese sentido, ese país es un caso fascinante. No tiene un pasado histórico documentado en que se pueda amparar y queda solo a la imaginación de los intelectuales, como José Rizal y sus dos novelas, *Noli me tangere* y *El filibustero*, o los trabajos del «antropólogo» Isabelo Florentino de los Reyes. En el análisis de sus obras se nota un estudio cuidadoso del uso del lenguaje, de su creatividad, de su fuerza como constructoras de ilusiones y motores de las acciones humanas.

Algo que me llamó la atención de Anderson es que, como muchos novelistas, se enamora de sus personajes. Tiene cierta pasión por ellos y los juzga como buenas o malas personas, sin que ello dañe la calidad de su investigación. Confiesa su cariño por Isabelo Florentino de los Reyes y Mariano Ponce; lo hace abiertamente casi al final de su libro *Under Three Flags*. Dice: «[...] buenos hombres ahora por lo general olvidados incluso en Filipinas; pero nudos cruciales en las infinitamente complejas redes intercontinentales que caracterizan a la Era de la Temprana Globalización» (2005, p. 233).

Sus varios registros no terminan en el estudio del uso del lenguaje. Hay una empatía por diferentes formas de comprensión del mundo. En su primera visita a Lima le fascinó un pintor shipibo y no hace mucho me confesó su interés por el animismo y cómo este le da significado a su vida. No lo considera como un objeto de estudio; es parte de su mundo.

La curiosidad de Anderson es inmensa y no se detiene en un vasto conocimiento del sudeste asiático. Su famoso libro *Comunidades imaginadas* así lo demuestra, así como su polémico análisis sobre el fenómeno del nacionalismo decimonónico en América. Su curiosidad y atrevimiento son grandes. Escribió un lindo artículo, «El malhadado país», sobre la novela *El hablador* de Mario Vargas Llosa. Sospecho que el interés de Anderson por esta novela tiene que ver con el vínculo entre el sentimiento de vergüenza y el fuerte tono de tragedia y la idea de país, nación, que ella presenta.

De otro lado, en entrevistas periodísticas, muestra su interés por las comunidades virtuales y por cómo estas han impactado en las personas. En una entrevista, cuenta cómo una chica le dijo que el mejor sexo que había tenido había sido virtual. Algo que le resultó difícil de comprender, por lo que trató de darle una explicación. Las redes sociales le plantearon un interés por las nuevas formas de comunicación, lo que significó todo un replanteamiento de las metodologías de estudios. En un caso, planteó, por ejemplo, una investigación con las redes sociales de argentinos fuera de su país: provocadoramente, alguien incorporaba palabras típicas de otros países en búsqueda de posibles reacciones. Para ello, se escribieron frases, expresiones, de origen chileno. La reacción de los cibernautas argentinos fue la desesperación ante la invasión de un espacio propio. Por medio de este experimento, Anderson quería saber cómo reaccionarían los cibernautas y qué implicaba para ellos ser argentinos. Su curiosidad es, pues, implacable.

El dominio de varios registros implica varios puntos centrales en su obra. Primero, la posibilidad de realizar análisis de temas puntuales sin decir generalidades. Sus trabajos monográficos van al detalle y ofrecen información precisa. Incluyen trabajos de archivo, de entrevistas, etcétera. Segundo, el dominio de varios registros es primordial para los estudios comparativos y le permite lanzar grandes teorías: la idea de las *Comunidades imaginadas* es imposible de escribir sin una mente capaz de hacer comparaciones. No hay duda de que la teoría se construye

a partir de la comparación en las ciencias sociales y las humanidades. Tercero, los trabajos de Anderson escapan de los estrechos muros de los estudios del Estado-nación o de un grupo humano y relacionan historias que en algún momento estuvieron conectadas y que con el paso del tiempo se hicieron invisibles, imperceptibles. En su libro *Under Three Flags*, trata conectar constantemente historias de este tipo. Se trata de *reconectar* historias. Con el estudio de personajes claves del pensamiento filipino, trata de comprender allí tendencias globales que se manifiestan de modo diferente en los respectivos países. Para él, el anarquismo explica mucho del imaginario político de fines del siglo XIX. Para hacer manifiestas conexiones que se habían esfumado o se habían tornado imperceptibles nos muestra dominio de diferentes niveles de conocimiento e investigación de la historia europea, americana y del sudeste asiático.

Como he mencionado, Anderson ha tenido un impacto especial en los estudios en torno al nacionalismo. En un aspecto central del estudio sobre este tema, nuestro autor es «una ave rara». Es uno de los pocos estudiosos (o el único) de los importantes que considera que el nacionalismo no es negativo; más bien, considera que hay elementos en él que resultan positivos, aspectos utópicos que son motores para la transformación positiva de la sociedad. Cree que muchas veces el nacionalismo obliga a la gente a portarse mejor; que reconocerse miembros de una nación hace a las personas adquirir compromisos. En ese sentido, tiene una visión diferente a la de otros estudiosos que han escrito libros importantes sobre el tema, como Erick Hobsbawm o Ernst Gellner. No niega, puesto que no es tonto, que haya manifestaciones nefastas del nacionalismo.

En plena globalización, considera que los nacionalismos son parte de las oportunidades de la gran mayoría de personas para situarse y tener una identidad. Hay nuevas manifestaciones, como la de los judíos estadounidenses que están preocupados por los problemas del Medio Oriente, o de los nacionalistas Sikh en Australia, que mantienen vivos sus vínculos por el internet o los pasajes de avión baratos.

Comunidades imaginadas, publicada en 1983 y con una segunda versión en 1991, es la obra que lo hizo famoso. En ella define la nación como una comunidad política imaginada, inherentemente limitada y soberana. Es *imaginada* porque a pesar de que la mayoría de sus miembros nunca se conocerán personalmente o tendrán algún contacto físico, existe en sus mentes una imagen de su comunión, de su pertenencia a una comunidad. Es *limitada* porque, a pesar de su extensión o tamaño, es finita y posee fronteras, más allá de las cuales se encuentran otras naciones. En tercer lugar, la nación es *soberana* debido a que el concepto nación surge en la edad de la Ilustración y la Revolución, destruyendo la legitimidad del orden divino y las monarquías dinásticas. Las naciones se imaginan libres y, si están debajo de Dios, lo están directamente, sin intermediarios. En cuarto lugar, la nación se imagina como *comunidad*, en el sentido en que es siempre concebida en su interior a través de relaciones horizontales de fraternidad.

La nación es un fenómeno histórico de orden cultural. Es un artefacto cultural. Las causas de la génesis de la nación fueron para Anderson las siguientes:

- a) La declinación de la creencia en la existencia de un texto sagrado que revelaba la verdad.
- b) La pérdida de legitimidad del orden monárquico.
- c) El desarrollo de la idea de un tiempo homogéneo y vacío.
- d) El capitalismo impreso facilitó la imaginación de la nación. La expansión del mercado del libro contribuyó a la vernaculización de las lenguas.

Comunidades imaginadas tiene varios méritos. No me cabe la menor duda. Pero, más allá de su propuesta acerca de los orígenes y desarrollo del nacionalismo, quizá su mayor aporte es cómo clarifica conceptos claves de este fenómeno. Él mismo sostiene que el nacionalismo tiene un pobre aparato teórico. Con *Comunidades imaginadas*, dejó de tenerlo. Con su libro, tenemos definiciones que nos sirven para comprender dicho fenómeno social-cultural.

Anderson es un intelectual difícil de clasificar (historiador, científico político, etcétera). Es un humanista y un científico social que trata el tema del nacionalismo y del sudeste asiático y punto. Sobresale la influencia de diferentes aproximaciones de los estudios sociales tales como el marxismo, la antropología, los estudios literarios e históricos y la influencia de autores como Walter Benjamin. Se nota en sus escritos algo difícil de combinar: el afán de teorizar (en especial en *Comunidades imaginadas*) y el hombre de humanidades con un fuerte estudio de fuentes, en el cual la intuición y la empatía juegan un rol crucial. Sus estudios tienen una hondura tal que al reflexionar sobre un tema como el nacionalismo busca comprender la condición humana desde una perspectiva de la emancipación, de una posibilidad de cambio con dignidad y con relaciones de poder menos brutales.

BIBLIOGRAFÍA

Anderson, Benedict (2005). *Under Three Flags. Anarchism and the Anti-Colonial Imagination*. Londres: Verso.